

miseria, que no habia aceite para las lámparas, y el papa Estevan V tuvo que vender su patrimonio para acudir á los gastos mas urgentes de la Iglesia y al socorro de los pobres.

P. ¿Qué sucesion tuvo en este siglo el imperio romano, ó mas bien, de Occidente?

R. A Carlomagno sucedió Ludovico Pío, su hijo; á éste, su hijo Lothario; á Lothario, Ludovico II; á este, Cárlos el Calvo, hijo menor de Ludovico Pío; siguióse Cárlos III, llamado el Craso, quien fué ya rey de Alemania: despues de Güido y Lamberto, que vivieron poco, se siguió Arnulfo, y á éste, Luis III y Luis IV, los tres, reyes de Alemania. Este Luis fué el último emperador de la sangre de Carlomagno. La corona imperial pasó, como hemos visto, de Francia á Alemania; y esta observacion es importante para la investigacion de una célebre profecía de que hablaremos mas adelante.

P. ¿Cuál fué la historia de estos emperadores y príncipes?

R. Muy varia y llena de desavenencias, guerras, intrigas y porte licencioso de algunos, que dió bastante que hacer á los papas Nicolás I y Adriano II, y que fué el escándalo de estas regiones. Los papas trabajaron por ponerlos en orden; mas no consiguieron todo lo que deseaban: los males se hacian cada vez mayores, y las guerras que destrozaron la Italia en largos años, dieron la última pincelada á este cuadro fatal. De guerra extranjerá hubo la referida ya de los sarracenos y la que los normandós hicieron á la Francia por mar y tierra.

P. ¿Qué regiones se convirtieron á la fé en este siglo?

R. Una parte de la Rusia, en tiempo del emperador

Miguel, y otra en el de Basilio: antes se habian convertido los búlgaros; pero el establecimiento de su Iglesia dilató algunos años y vino á ser un nuevo motivo de desavenencia entre la Santa Sede y el emperador de Oriente.

P. ¿Qué aspecto presentó el mundo en el siglo décimo y mitad del undécimo?

R. El mas triste y funesto que puede imaginarse.

P. ¿Qué lo hizo tan fatal?

R. Expondremos primero el mal, y luego sus causas. Cubrióse el mundo, por explicarnos así, con la oscura nube de una ignorancia generalísima: la desmoralizacion tendió igualmente su negro manto sobre la tierra: la audacia de los príncipes seculares avanzó tanto sobre el órden eclesiástico, y de tal manera se entrometió en los negocios que no le eran propios, que por todas partes se veia una mezcla espantosa de las cosas espirituales con las civiles y temporales: la simonía se practicaba á cara descubierta: hasta en el mismo sόlio de San Pedro se vieron aberraciones ejecutadas por varios que indignamente lo ocuparon; casi no le quedó á la ciencia y la virtud otro asilo que los claustros de monges y religiosos; casi no habia quien supiese el latin ni qué cosa eran letras ó ciencias naturales y sagradas: puede decirse que fué un siglo de hierro. Reinó en él la discordia en el imperio, la debilidad y condescendencias indebidas en los papas respecto de los reyes, que llegaron á hacerse dueños de las elecciones; el desórden en los ministros sagrados; el abandono y la inmoralidad en los padres de familia; el libertinage en los hijos, y tanto escándalo y desórden, que se tenia por bueno el que no hacia algun mal ó que no era notoriamente malo. Entre los papas no dejó de haber algunos

que procuraran restablecer el orden; pero sus esfuerzos fueron vanos.

P. Decidnos ya las causas de tantos males.

R. Son bien notorias y bien marcadas en la historia que hemos venido refiriendo. El antiguo mundo, civilizado y morigerado con las luces y preceptos del Evangelio, casi desapareció con la invasion de los bárbaros. Razas y naciones enteras se echaron sobre los reinos y provincias que componian los antiguos imperios de Oriente y Occidente; y aunque es verdad que la ciencia y moralidad de las antiguas luchó por muchos años con la ignorancia y la desmoralizacion de las nuevas razas apoderadas de tan vastos países, y que al fin llegó á ganarlas para el catolicismo, haciendo que dejaran primero la idolatría y luego el arrianismo, esto no quita que tan grandes masas de hombres ignorantes y groseros, mezcladas con los restos de aquellas primitivas naciones, sufocasen (por explicarnos así) la luz del conocimiento especulativo y práctico que se da en una persona versada en la ciencia y en la buena moral, y viniesen con el tiempo á producir esta suma ignorancia.

Hay mas: la invasion no se hizo sin mucha sangre deramada en muchos y muy reñidos combates, y entradas á filo de espada en las ciudades, y esto disminuyó en gran manera no solo el número de brazos, sino el de buenas cabezas y buenos corazones. Mas, en las entradas bélicas, el fuego devoraba las bibliotecas y los archivos donde se conservaban los escritos de los sábios de la antigüedad y de la era cristiana. Este estrago fué mayor en la invasion de los sarracenos, que de intento arrojaron al fuego los libros en millares, calentando con ellos los baños, y di-

ciendo que lo que no fuese el Alcoran, era para ellos inútil y despreciable: así acabaron con la magnífica biblioteca de Alejandría y otras del Oriente y del Sur, disponiéndolo así sus mismos gefes para que el pueblo no abriese los ojos con los escritos del cristianismo y conociese los absurdos del mahometismo. Agrégase á esto, que no se conocia aún en el mundo el arte de la imprenta, que tanto multiplica los libros y difunde el saber.

A esta gran causa se añade la no menos poderosa de tantas heregías que habian agitado á la Iglesia é introducido en los pueblos la ignorancia y el error. Otro gran mal, y causa de sumo desorden, fueron los frecuentes y muy escandalosos desmanes del Oriente, de tan mal ejemplo de insubordinacion y desorden, que no dudamos asignarla como la mas inmediata de los males de la época en que vamos. El ejemplo de Constantinopla, de sus audaces y tiranos emperadores, de sus desenfrenados patriarcas, de sus corrompidos sínodos, obró tanto en los nuevos reyes de Occidente, en los prelados de la Iglesia Latina, en los magnates y en el pueblo, que produjo al fin la época fatal que hemos descrito.

Hubo otros males ó causas mas inmediatas, que se deducen tambien de la historia que hemos compendiado. Las violencias de los emperadores de Oriente, ejercidas contra los papas por medio de sus vendidos exarcas, y las que infirieron los sarracenos con sus frecuentes incursiones, pusieron á los papas en la necesidad de implorar el socorro de los nuevos príncipes cristianos de Occidente; lo que hizo que los acataran y ensalzaran tanto, que ensoberbecidos con los honores que les tributaban, se dejaron poseer del espíritu de dominacion con que tanto se ingirieron en

los negocios de la Iglesia, principalmente en la eleccion de cada nuevo papa, reagravando el mal el antagonismo que reinaba entre unos y otros príncipes, pues cada rey y cada duque queria tener papa de su devocion; lo que daba lugar á las violencias y á las indecentísimas maniobras con que trataban de lograr su intento, y á que la eleccion recayese sobre personas no solo indignas de tan alto puesto, sino vendidas al príncipe que las habia colocado y sostenia en el sòlio. Mas, faltaban las verdaderas y canónicas elecciones, sustituyéndose con la arteria ó la violencia de un príncipe secular. ¡Cómo, pues, habia de haber buenos papas? ¡cómo no habia de haber desórdenes y males de mucha trascendencia y de mucho tamaño? Gemia el pueblo fiel, que nunca falta; gemia la devota Iglesia, que siempre hay y no puede faltar; gemia la parte sana de los obispos y del clero, de los religiosos y los monges; pero no podian contener el desórden: se esforzaban muchas veces á hacer elecciones legítimas; pero eran frustradas por los agentes, por el oro, por las armas de los príncipes seculares, hasta que plugo á la clemencia divina enviar al mundo al célebre Hildebrando, que ocupó el trono de San Pedro con el nombre de Gregorio VII, y poco antes que él á San Leon IX y otros dos ó tres papas, que como crepúsculo de un nuevo dia habian comenzado á poner mano en el restablecimiento del órden.

P. Es imposible que un estado tan decadente y extraño de cosas, en medio de la carrera de la Iglesia, haya dejado de tener, por permission divina en el órden de la providencia de Dios, un motivo particular y un fin de grande importancia; ¡cuál pudo ser éste?

R. No nos es lícito investigar los caminos de Dios ó

escudriñar sus designios; pero á lo que alcanza nuestra débil inteligencia, un fin de suma importancia debió llevar el Señor, y es el de que los hombres conociésemos que la subsistencia y conservacion de la religion y de la Iglesia no depende de nosotros ó de nuestra fidelidad y buen comportamiento, sino de la voluntad omnipotente de Dios, y que esta conservacion realmente es *milagrosa*, con aquella especie de milagro ó prodigio que aunque no es contra el órden, es sobre el órden mismo natural de las cosas. Maravilla será, fué y es en todo tiempo la conservacion de la Iglesia, aun prestándole el hombre su debida cooperacion; pero mayor es, y mas patente milagro, aquella conservacion, cuando se verifica contra todo el torrente de elementos contrarios que tienden á destruir la misma obra, como sucedia en aquella época.

P. Al ver que la moral estaba en tanta decadencia en la Iglesia, ¿puede decirse que perderia la fé?

R. No; pues aunque por el pecado se amortigua la fé, no se pierde, si no es que haya heregía ó apostasia, y esta no hubo en esta época por providencia de Dios.

P. ¿Faltó todo consuelo ó todo aumento á la Iglesia en esta época fatal?

R. No; que durante ella tuvo lugar la conversion de los normandos en 912, y la de los húngaros en 1002.

P. ¿Cómo sucedió la de los normandos?

R. Tuvo principio en la conversion de su príncipe Rollon: era éste gran capitán y habia continuado la guerra que por setenta años habian hecho á la Francia los normandos. Cansado de ella el rey de Francia Cárlos el Simple, ofreció á Rollon la provincia de Nurcia y á su hija por esposa, si convenia en abrazar la religion católica y recibir el

bautismo. Rollon aceptó la oferta; y para cumplir la condicion que se le ponía, pidió ser instruido en los misterios de la fé; lo que verificado por ministerio del arzobispo de Rutén, obró tanto la gracia, que la conversion del príncipe fué muy sincera y fructuosa. Recibió el bautismo en 902, y el ejemplo del príncipe fué seguido de sus súbditos en tanta abundancia, que muy pocos fueron los que continuaron en su falsa creencia. El carácter de Rollon cambió en un todo desde que se convirtió; fué en lo sucesivo tan amable y tan religioso, cuanto hasta entonces habia sido feroz y belicoso. Se dedicó al gobierno de sus Estados con tanto esmero y solicitud del bien público, que logró que reinasen los principios de la moral cristiana en todos sus súbditos. El pillage hasta entonces habia dominado á los normandos y héchose el medio casi único de subsistir; Rollon proscribió el hurto, y lo persiguió con tanto teson, que los normandos no osaban ya tomar ni lo que se encontraba tirado en una calle ó en un camino: un bracelete de oro que habia olvidado el príncipe en un dia de caza, estuvo tres años colgado de una rama sin que nadie se atreviese á tomarlo.

P. Referidnos ya cómo sucedió la conversion de los húngaros.

R. Tuvo tambien principio en la de su rey, á quien Dios tocó el corazon para hacer que los cristianos que habitaban en las inmediaciones de Hungría entrasen á su reino y ejerciesen entre sus súbditos todos los oficios de la caridad y hospitalidad que son propios de la religion cristiana. Este medio fué obrando tan eficazmente, que la barbarie y la ferocidad de los húngaros se disminuía visiblemente y daba lugar á la sensibilidad y á la compasion.

El rey recibió el bautismo con toda su familia, y habiendo tenido un hijo, hizo que San Alberto, obispo de Praga, le bautizase, poniéndole por nombre Estevan. Quiso despues que se le diese educacion esmerada, y el jóven príncipe aprovechó tanto en ella, que caminó á largos pasos á una santidad admirable. Habiendo sucedido á su padre, se aplicó con la mayor solicitud á hacer que sus súbditos abrazasen el cristianismo. A sus designios no faltó oposicion, pues parte de sus vasallos se rebeló y armó contra él. El rey marchó contra los rebeldes, y protegido del cielo logró vencerlos. Obtenida la paz, consagró el resto de su vida á procurar con el ejemplo suyo, y con la predicacion de los ministros del Evangelio, la conversion de su reino. Dios le concedió que la viese realizada: estableció en él diez obispados, y envió al papa uno de los obispos para reconocer su supremacia y obtener la confirmacion de aquellas mitras. El papa envió al rey una corona, y á su nombre fué en efecto coronado solemnemente con su esposa, princesa de rara santidad. Concedió tambien el papa al rey, espontáneamente, que delante de él fuese llevada una cruz que le regaló como en señal de haber sido el apóstol de Hungría. Lo fué en efecto, y su santidad jamas se desmintió, pues murió tan cristiana y piadosamente como habia vivido. Es venerado en los altares como uno de los mas grandes santos.

P. ¿Qué otra ventaja obtuvo la religion en aquella época?

R. La del restablecimiento de la disciplina eclesiástica en dos reinos que contaban poco tiempo de convertidos; la Inglaterra y la Alemania. Tambien en Francia se trabajó con éxito en la reforma de la disciplina monástica á principios del siglo décimo.

P. ¿Qué mudanza habia habido en la dinastía que reinaba en Francia?

R. La de haber sucedido en el trono la de los capetos á la de Carlomagno, que habia durado doscientos treinta y cinco años. Hugo Capeto, primo hermano de Luis V, fué el primero de su línea que ocupó el trono de Francia y dió el nombre á su dinastía. Sobresalió en piedad y religion: murió en 998, dejando ya coronado á su hijo Roberto, el cual le imitó en la piedad y el buen gobierno: dícese que compuso el himno *Veni Sancte Spiritus* de que usa la Iglesia.

P. ¿Cómo principiaron á disminuirse los escándalos que ésta padecía y de que hemos hablado antes?

R. Por la firmeza con que el papa Leon IX se opuso al vicio que habia en su eleccion misma; pues habiéndose hecho ésta por una junta que se tuvo en Worms, de órden del emperador de Alemania, que de este modo se hacia árbitro de la eleccion, Leon no quiso aceptarla, sino esperar á ver si el clero y el pueblo fiel de la Iglesia la hacia libremente. En consecuencia de esto, y para dar un público testimonio de que no se consideraba electo papa, excusó toda ostentacion ó señal exterior de autoridad y entró solo en Roma, descalzo y en trage de peregrino. Esta conducta, así como dió todo su lugar y libertad á la Iglesia, ganó de tal modo los corazones del clero y del pueblo, que por un movimiento voluntario y libre le proclamaron papa. Colocado en la silla de San Pedro se dedicó con mucho celo á reparar el detrimento que habia sufrido la disciplina eclesiástica y á desterrar la simonía y corregir la licencia de costumbres. Con este motivo fué muchas veces á Francia y á Alemania, venciendo

los obstáculos y riesgos á que lo esponia lo árduo de su empresa en tiempos de tanto desórden y tanto atrevimiento: ayudóle mucho en esta santa obra San Pedro Damiano, natural de Ravena en Italia. Las virtudes de Leon noveno resplandecieron como el albor de la mañana en medio de aquella noche tenebrosa de vicios y de escándalos, y despertaron el celo y la piedad que yacian amortiguados en muchas almas. Su principal esfuerzo lo puso en la reforma del clero: restituyó su decoro al trono pontificio, y comenzó á reprimir la potestad arrogante de los príncipes: murió en 19 de Abril de 1054, y sus virtudes le hicieron acreedor al culto público.

P. ¿Qué nueva heregía apareció en Francia en tiempo de Leon IX?

R. La de Berengario, arcedeano de Angers, hombre de bajos principios y dominado de pasiones tan poderosas como son la envidia y la emulacion. No pudiendo soportar la fama que se adquiria con su docta enseñanza un monge llamado Frang, dió en enseñar doctrinas nuevas contrarias á la verdad católica, especialmente acerca del sacramento de la Eucaristía. El papa San Leon reunió un concilio en Roma para examinar las doctrinas de Berengario: el concilio puso en claro los errores ó heregías formales que contenian, y condenó á Berengario.

P. ¿Qué otra amargura tuvo que padecer Leon IX en los pocos años de su pontificado?

R. La de una reaccion del antiguo cisma de Phocio, que por este tiempo resucitó en el Oriente Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, el que no era un simple cisma, sino que contenia errores con que combatia las muy antiguas, sábias y legítimas prácticas de la Iglesia Roma-

na, en cuanto á celebrar el sacrificio de la misa con pan ácimo y el no cantar alleluya en cuaresma ni guardar el sábadó como lo guardaban los judíos. Leon IX sostuvo en una carta las observancias de la Iglesia Latina, y él y otros muchos escritores refutaron los errores de Miguel Cerulario; mas el cisma continuó, y continúa hasta el día á pesar de los esfuerzos que ha hecho la Iglesia Romana para remediar el lastimoso estado en que aquella se encuentra.

P. ¿Quién sucedió á Leon IX?

R. Victor II, alemán, quien mostró gran celo por la restauracion de la disciplina, tanto, que los amigos del desórden trataron de deshacerse de él; pero Dios le salvó, no sin milagro, y continuó en el trabajo comenzado, celebrando un concilio en que fueron depuestos seis obispos. Murió en Toscana el 28 de Julio de 1057; y á 2 de Agosto siguiente fué electo Federico, quien tomó el nombre de Estevan IX. Este papa dió algunos decretos para remediar los abusos que se habian introducido en los matrimonios celebrados entre parientes comprendidos dentro de los grados prohibidos. Confirió el obispado de Ostia á San Pedro Damiano, y le crió cardenal, por lo mucho que resplandecia en la Iglesia por sus virtudes. Murió en Marzo del año siguiente, no habiendo ocupado la Santa Sede mas que nueve meses.

P. ¿Fué pacífica la eleccion del sucesor de Estevan?

R. Sucedió en ella uno de los muchos escándalos que habian sido tan frecuentes en esta época fatal. Un partido faccioso capitaneado por Alberico, conde de Tusculo, obrando armado y tumultuariamente, eligió á Juan obispo de Belletri, á pesar de la oposicion de todos los obispos cardenales, y á mas de esta violencia que hacia, qui-

tando la libertad al clero y al pueblo, se cometió el hecho simoniaco de repartir dinero al dia siguiente al pueblo para que aprobase la eleccion.

Tan escandaloso y criminal atentado hizo que San Pedro Damiano y el arcediano Hildebrando procurasen la reunion de un concilio, el cual depuso al antipapa, y eligió á Gerardo, que tomó el nombre de Nicolás II. Este papa reunió un concilio en Letran para arreglar el modo de hacer la eleccion de papa en lo sucesivo, con el fin de impedir los escándalos y atentados que tan frecuentemente se cometian. Nicolás propuso las medidas que le habia parecido bien decretar y que en efecto adoptó el concilio, reducidas á que muerto el papa, se reuniesen luego los obispos cardenales para hacer la eleccion los primeros: que despues llamasen á los clérigos cardenales; y que á lo último entrase el resto del clero y del pueblo á dar su consentimiento. Que si en Roma no pudiese hacerse la eleccion por la violencia de algun partido, los cardenales obispos con el resto del clero y los seglares católicos, aunque fuesen en corto número, tendrian derecho de elegir el papa en el lugar que juzgasen mas conveniente ó mas seguro. Que si despues de la eleccion no pudiese el nuevo papa ser entronizado en Roma porque le impidiesen el partido ó partidos opuestos, no por esto dejaria de ser verdadero papa, y de tener la autoridad de gobernar la Iglesia. Que si alguno fuese elegido contraviniendo á esta disposicion canónica, fuera reputado por intruso, y como tal, anatematizado y depuesto con todos sus cómplices.

Hecho este arreglo en la Iglesia, el papa se vió precisado á hacer otro con los normandos que le hacian la guerra: por este tratado, les concedió la Apulia y la Calabria, y

ellos le restituyeron las heredades del patrimonio de San Pedro, de que se habian apoderado: sus gefes Ricardo y Roberto tomaron el principado de Capua el uno, y el otro de Calabria, y este fué el origen del reino de Nápoles. Los normandos declararon luego la guerra á los países rebeldes de Italia, y proporcionaron á esta la ventaja de verse libre de los muchos tiranos que la asolaban, sucediendo en esta vez la rareza de que los enemigos se convirtiesen en protectores de aquel á quien antes habian hecho la guerra. El papa Nicolás murió en Florencia á fines de Junio de 1061.

P. Durando aun la calamidad de aquella época, no faltarian disturbios en la eleccion del sucesor de Nicolás.

R. Así fué en realidad; pues aunque la eleccion de Alejandro II se hizo con arreglo á los nuevos cánones, se resintió el emperador de Alemania de que no se hubiese esperado su consentimiento, y dando oídos á una pandilla de clérigos simoniacos y desenfrenados que Guiberto, gobernador de Italia, habia enviado á Alemania, para que calumniaran al nuevo papa, hizo elegir con nombre de *Honorio* á Cadaloo, hombre de costumbres corrompidas y simoniaco. Este marchó á Roma en Abril de 1062, acompañado de muchas tropas, que intentaron entrar por armas á la ciudad; pero fué repelido por Godofredo, duque de Toscana, que acudió á la defensa de Alejandro II. El emperador no desistió; pero se moderó un poco, pidiendo la celebracion de un concilio en que se examinase si la eleccion de Alejandro era canónica. El concilio se tuvo en Mantua: por unanimidad de votos declaró válida y arreglada á los cánones la eleccion del papa Alejandro, y condenó á Cadaloo; pero este perverso se dió traza de in-

troducirse en Roma y apoderarse del palacio de Letran, de donde fué arrojado por el pueblo, que acudió á sostener al pontífice. Cadaloo entonces se metió en el castillo de Sant-Angelo, donde sostuvo un sitio de dos años. Al fin no pudo mantenerse mas, y salió del castillo pobre y execrado de todos. A poco murió.

En Febrero de 1072 murió tambien San Pedro Damiano, y en el año siguiente el papa Alejandro. Los esfuerzos que hicieron para restablecer el orden no carecieron de todo efecto; pero no eran aún los suficientes. Los escándalos seguian por muchas partes: la simonía continuaba minándolo todo, y era tal, que se disputaban los puestos y las dignidades eclesiásticas con las armas en la mano. Se necesitaba un papa enérgico y de tamaños extraordinarios, y Dios proveyó de él á su Iglesia en la persona de Hildebrando, que tomó el nombre de Gregorio VII.

P. Dadnos ya á conocer á este grande hombre.

R. Digna es de mas detenida narracion, no solo el pontificado, sino la vida toda de Gregorio VII. Llamábase, como hemos dicho ya, Hildebrando: era hijo de nobles padres, aunque de humilde situacion, pues su padre era carpintero; pero como el Señor elige lo mas débil y humilde para confundir á lo mas fuerte y elevado, escogió á este niño para que fuese con el tiempo el reparador de los males que afligian á su Iglesia, y que redujese á cada uno á su deber, sin que dejase de ejecutar esta árdua empresa ni con los reyes ó emperadores mas poderosos; lo que le dió tal dominio sobre el mundo y la Iglesia, que con razon se ha creído ser un anuncio de ello el caso que se refiere de su niñez, cuando, divirtiéndose en formar ciertos signos ó letras con los fragmentos ó astillas de los maderos